

El escritor

Naren Reyes González

Tiró su lápiz contra la pared al sentir que su mente se cerraba cada vez que intentaba plasmar algunas palabras sobre el papel. Ni un buen inicio, ni una buena frase, ni siquiera tres o cuatro palabras que tuvieran sentido. Antes de ese momento las ideas fluían con tanta intensidad que el ritmo de su mano no era suficiente para anotar todo lo que ideaba. Tanta iluminación lo había dejado ciego.

Intentó escribir sobre el amor. Se dijo así mismo: «Es lo más fácil de escribir. Todos dicen lo mismo y solo se trata de adornarlo un poco». Recordó la telenovela de las ocho, los libros de la escuela, la publicidad de los restaurantes en febrero y se creyó inspirado. Qué idiota se sintió cuando no pasó ni de la primera frase, tan cliché que le produjo náuseas.

Decidió bajar las escaleras para ir a la cocina donde seguramente estaría su padre, con el que no hablaba demasiado. Interrumpirlo mientras tomaba su café, y en especial en una mañana fría, era una ofensa muy grande. Llegó sin hacer ruido, y aunque sabía que ahí lo encontraría, cuando abrió la puerta igual se asustó al observarlo. Aceleró el paso hasta llegar a la olla del café y lo sirvió frío. No se quedaría a calentarlo porque, aunque no tendría que hablar, se sentiría muy incómodo.

Subió a su cuarto, se descalzó en la entrada y sintió el frío en sus pies, lo que hizo que sus vellos se erizaran. Le gustaba buscar sensaciones sencillas pero efectivas para sentirse con vida. Al principio lo hacía con cosas simples: se duchaba con agua caliente en la madrugada y al terminar abría la ventana para que entrara el aire frío. Después quiso llevar esa sensación mucho más alto, y de vez en cuando visitaba un edificio cerca a su casa, subía hasta el último piso y allí se sostenía de la baranda con su mano, iba quitando dedo por dedo hasta llegar al meñique. Estaba ahí hasta que se cansaba y aprovechaba para mirar cómo caía la tarde.

El único día que hubo una conversación genuina entre él y su padre fue durante la visita que debió hacerle al hospital después de enterarse de que había sufrido un accidente de auto. Le hizo tantas preguntas como se le ocurrieron, pero quería saber en especial qué sintió en el primer instante cuando la parte delantera del carro chocó con el tronco de un árbol.

Tomó su lápiz ya sin punta y comenzó a dibujar sobre el papel amarillento.

Mientras divagaba entre las líneas reflexionaba sobre el porqué de su bloqueo creativo. Eso lo condujo de vuelta al tema del amor y concluyó que no podía escribir sobre algo que no había experimentado. Pero él no se refería al amor romántico —esa ficción alimentada por la televisión y las novelas—, pensaba en el amor de sus padres que nunca sintió. Su papá porque no estuvo interesado en demostrarlo, y su mamá porque lo abandonó después de darlo a luz.

Sin duda la experiencia más sensata para él era la que se producía a la hora de escribir, por eso se convirtió en el modo de expresar sus sentimientos. Cuando encontró la dirección de su madre, entre papeles desgastados que estaban en la basura, decidió escribirle cartas. Le contaba cuentos, le decía que la extrañaba y le mandaba historias fragmentadas para mantener su atención durante semanas.

Su madre nunca le contestaba con cartas. Pero, uno o dos días después de enviar el recado, el teléfono sonaba después de las once y él contestaba. Nadie hablaba y solo se oía una leve música de fondo y una respiración agitada, como de alguien que llora pero que no quiere que se note. Él creía que se trataba de su madre y se decía a sí mismo que ese era su modo de darle las gracias. Pensaba que era imposible que existieran tantas coincidencias seguidas.

Pasó una semana desde su último cuento, en el cual escribió sobre un hombre que a lo largo de su vida siempre fue feliz y no conoció la tristeza. Ese texto lo había llenado de orgullo en el primer momento, pero después se desveló pensando en lo absurdo de su historia. Disfrutaba exagerar, pero creyó llegar a la incoherencia. Pensar en una vida completamente feliz era tan difícil e incluso tan aburrido que, si ese fuera su caso, seguro la acabaría lanzándose sobre el primer carro que pasara por la calle.

Por eso concluyó que una vida con todos los días felices no sería de su agrado y sonrió con sarcasmo al pensar que seguramente Dios, el destino o la vida —no estaba seguro cuál de ellos— escucharon ese pensamiento y le regalaron un par de días infelices, aunque más de los que él desearía.

Terminó el dibujo. Unos cuantos garabatos con forma de casa y lo que parecía un perro orinando una flor del jardín. Se levantó y con una sonrisa más bien tonta contó todas las veces que su profesora lo hizo quedar después de clase para motivarlo a buscar ese propósito que todos dicen tener.

No le importaba ese tal propósito y se conformaría con tres cosas simples: escribir sin frustraciones, un «te quiero» de su padre y un abrazo de su madre. Las dos últimas parecían parte de una utopía y por eso le frustraba sentir tan lejana la única petición concebible. Se sentó de nuevo y comenzó a escribir lo que tal vez sería una nueva historia: «Tiró su lápiz contra la pared al sentir que su mente se cerraba cada vez que intentaba plasmar algunas palabras sobre el papel...».